

La memoria en el cuerpo

Lic. Estela Torres¹
Lic. Ernesto Castillo²

Resumen

La historia de la represión ha sido inscripta en el cuerpo. Un cuerpo real pero a la vez simbólico que ha dado cuenta en la historia socio-cultural de qué modo un cuerpo manipulado nos ubica en una categoría de cuerpo dócil que aun en la resistencia no pudo sino entregarse por la imposibilidad de ponerse en pie ante la sombra de la muerte.

Nuestros pueblos originarios fueron los primeros desaparecidos. También los primeros oprimidos y castigados hasta las últimas consecuencias en un gesto de cuerpo deshumanizado, cosificado, determinante como objeto y blanco de poder. Un cuerpo dócil a la fuerza.

Estas prácticas absurdas que nos suenan por momentos antiguas y olvidables no han podido dejar de tener vigencia en las peores instancias de la represión militar donde el cuerpo dio cuenta una vez más de que en él se inscribe la felicidad y el goce pero también la brutalidad.

El cuerpo, símbolo del hacer y deshacer; como una página que a poco de nacer ya no está en blanco. Que nos permite leer y releer de qué modo suceden los hechos que lo han modificado desde su presencia in situ hasta su ausencia; simbolizadas hoy en imágenes visuales, escritas, documentales, abiertas al compromiso del debate y la toma de conciencia.

¹ DAV IUNA

² DAV IUNA

La memoria en el cuerpo

*“La existencia es, en primer término, corporal.
Del cuerpo nacen y se propagan las significaciones que
constituyen la base de la existencia individual y colectiva”
David Le Breton.*

El cuerpo es quien comunica desde tiempos remotos hasta nuestros días el hacer cotidiano. El cuerpo, símbolo del hacer y deshacer; como una página que a poco de nacer ya no está en blanco. Que nos permite leer y releer de qué modo suceden los hechos que lo han modificado desde su presencia in situ hasta la ausencia.

Los cambios políticos y sociales, el deseo, reinscriben en él la lucha y resistencia a las imposiciones de los sectores dominantes, no pocas veces en un marco de violencia; asimismo los embates de la diferencia, el crecimiento y decrecimiento, hasta su desaparición.

La historia de la represión ha sido inscripta en el cuerpo. Un cuerpo real pero a la vez simbólico que ha dado cuenta en la historia socio-cultural de qué modo puede ser manipulado; nos ubica en una categoría de cuerpo dócil que aun en la resistencia no pudo sino entregarse por la imposibilidad de ponerse en pie ante la sombra de la muerte.

Nuestros pueblos originarios fueron los primeros desaparecidos. También los primeros oprimidos y castigados hasta las últimas consecuencias en un gesto de cuerpo deshumanizado, cosificado, determinante como objeto y blanco de poder. Un cuerpo dócil a la fuerza.

La hazaña renacentista a partir de 1492 produjo un doble espejo que sorprendió a los colonizados y colonizadores. En palabras de Carlos Fuentes, “(...) todo descubrimiento es un encuentro mutuo porque, si los europeos descubrieron a los indios también los indios descubrieron a los europeos y se preguntaron si esos hombres blancos y barbados eran tan misericordiosos como sus cruces...” También cabe preguntarnos cuánto de misericordia hubo en la historia en nombre de esas cruces.

De ese asombro, América aun no ha podido salir, sin entender cómo España tuvo una mirada policultural, de inclusión, formada por cristianos, moros, judíos, árabes, pero no pudo ver en este otro, indígena, sino un enemigo. Un enemigo desarmado.

Ya en los escritos de Vespucio y luego en las cartas de Colón a la corte española, se muestra al americano como exótico. En especial la descripción que hacen de los cuerpos extrahumanos de las mujeres, denota que se hablaba de personas extraordinarias en el sentido de lo distinto, de lo raro, de lo desconocido y por ende de lo peligroso.

Foucault dice que en el curso de la edad clásica ha habido todo un descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder. señala que podrían encontrarse signos de esa gran atención dedicadas al cuerpo; al cuerpo que se manipula y se da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican (el hombre-máquina de La Mettrie)...lo que es a la vez una reducción materialista del alma y una teoría general de la educación, en las que domina la ‘docilidad’ que une el cuerpo analizable con el cuerpo manipulable. Entiende entonces como cuerpo dócil a aquel que puede ser modificado a partir de pautas externas que lo someten.

Las pautas de sometimiento en Europa quedaron bajo el nombre de Inquisición para aquellos que aun sintiéndose cristianos pensaron diferente, por lo tanto fueron tildados de herejes y mortificados.

En estas tierras esas pautas se llamaron encomienda, que debía ser de protección y evangelización y que ya sabemos cómo no se llevó a cabo de esa manera, a la que se sumó la mita y el yanaconazgo.

Estas prácticas absurdas que nos suenan por momentos antiguas, como parte de un pasado lejano, no han podido dejar de tener vigencia en las peores instancias de la represión militar donde el cuerpo dio cuenta una vez más de que en él se inscribe la felicidad y el goce, pero también la brutalidad.

Otra vez, frente a frente dos idiomas diferentes que no lograban conciliar.

Walter Benjamin nos recuerda que en la Revolución Francesa surgió un concepto de la filosofía del derecho : el derecho natural; tomada por el terrorismo como fundamento ideológico que justifica la violencia como un producto natural, como materia prima, es decir como un “derecho” del hombre para lograr una meta deseada.

Cuesta entender que por un lado tomamos las bases que motivaron a esa Revolución y los primeros enunciados de los derechos que se forjaron entonces para incluirlas en nuestra propia Constitución Nacional, pero que luego el Proceso tomara las aberraciones del terrorismo que se dieron en el mismo período y que la contradicen.

El espíritu del dominante fue sordo a toda palabra que no fuera la suya. Esta vez, en su propia tierra. El invasor estaba junto a nosotros, era parte de este mismo pueblo. El invasor del derecho; de todos los derechos; esos que fueron tan pensados y discutidos por décadas, ahora no tenían valor. Otra vez, cada cuerpo fue un blanco. Un blanco de castigo y de poder. Hombres adultos, de carrera militar, en la que se les enseñó que eran ellos la defensa del pueblo, atentando, desapareciendo a chicos recién salidos de la secundaria o en ella aún y otros ingresantes en las universidades, como nuevo blanco. En plena etapa de utopías. O, como ha sido dado llamarlos en la historia del arte en la “edad de oro”.

La tierra fue abierta para escondernos la verdad. Como en esta casa lo fue. Con pozos oscuros que albergaron cantidades de nombres improbables.

El arte fue callado y también la palabra. Y aunque aun estábamos lejos de la cibernética la imagen se volvió virtual.

Hemos pasado años esperando que suceda... la aparición con vida primero, la muerte comprobada después.

No, no fueron desaparecidos, como si se hubiesen esfumado o diluido en el tiempo. No desaparecieron mágicamente ni aquellos, nuestros primeros habitantes ni estos, los jóvenes comprometidos. Fueron muertos.

Otros sí, fueron no sólo testigos sino protagonistas devenidos exiliados. De su tierra, de sus familias.

El exilio de un individuo es aquel sitio que aloja a personas vaciadas de individualidad. Seres que viven en lugares donde nadie puede dar cuenta de su niñez, de su entorno de crecimiento. Toma vigencia el tango cuando reclama: “¿Quién se robó mi niñez?”

Hay cuerpos que pudieron sobrevivir, sí. Pero con marcas tan profundas que no volvieron a ser los mismos... Con huellas de dolor y castigo, de impotencia pero por sobre todo, con huellas de memoria. Esas imborrables, incurables cicatrices de las que muchas veces prefieren ni hablar.

El cuerpo se ha vestido de memoria todos estos años. Tenemos incluso la memoria de lo que no hemos visto ni vivido. Una memoria simbólica de hechos dolorosos de los que no podemos dar cuenta pero no dejamos de tener presentes, de convivir con ellos cada día.

Nos quedó la imagen simbólica de lo que no vimos, de lo que no fuimos testigos pero sabemos que ocurrió.

Se hace difícil lograr que los jóvenes, muy jóvenes de la actualidad puedan “ver” y significar aquellos acontecimientos. Es nuestra tarea como docentes, padres, artistas, ciudadanos, informarles y ayudarles a entender que no hablamos de situaciones heroicas sino de un compromiso sin medida.

Durante el Proceso se empleó el dogma de la violencia como fin, en una legitimidad justificada que forja luego su consolidación como legalidad. Que llevó esa legitimidad al consenso y a la obediencia.

¿Acaso sería necesario justificar la violencia para fines justos? ¿No habrá otras maneras?. Años de Abuelas y Madres de Plaza de Mayo girando pacíficamente alrededor de la Pirámide lo han demostrado. Pacíficamente no es pasivamente ya que fue una actividad permanente, perseverante, de enorme fortaleza y por sobre todo justificada. No estábamos en democracia; ejercieron el derecho en épocas donde quienes nos arrebataron el Estado también monopolizaron la violencia.

Sólo sus cuerpos en movimiento dieron silenciosa presencia a los cuerpos sin voz de los reclamados.

La historia no cambia, los datos quedan fijos pero la memoria es activa como lo advierte Didi-Huberman. Podríamos agregar que la memoria crece y decrece para volver a tomar significación, resignificándose en una constante impermanencia.

Muchos de esos acontecimientos quedaron registrados en el cuerpo. Algunos porque desaparecieron pero nos dejaron sus frutos, aquellos que hemos podido y seguimos recuperando gracias a la incansable labor de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Un ejemplo contundente de que para hacer valer los derechos de la sociedad, de la gente común, de la vida, no es imprescindible ser político o abogado, pero que a la vez nos

muestra cómo todo fluye y se hace más alcanzable cuando desde el gobierno hay apoyo. Ya no están solas...

El reencuentro con los nietos, esa vieja espera que más vale parecía una ilusión, cuando no había aun ningún aparecido. Estamos ante un nuevo renacer, una y mil veces renacidos, como un ave fénix.

Estos chicos son la esperanza devuelta de cuerpos robados a otros cuerpos, exiliados de sus vientres maternos. Son la huella de ese pasado; son el fruto de esta Nación.

Vemos que el reclamo no siempre debe terminar en un derramamiento de sangre. Sabemos que cuando conmemoramos pacíficamente el 24 de Marzo, en Plaza de Mayo, nos consolidamos como un pueblo que dice con su ocupación corporal: “nunca más”. Esto es violento para aquellos genocidas que aún viven y no entendemos cómo pueden dormir tranquilos con una memoria cargada de muertes injustificadas.

Ese encuentro de contacto entre los cuerpos, las miradas y las voces de este maravilloso pueblo es la afirmación de un pueblo positivo.

Bertold Brecht dijo: “El arte no es un espejo para reflejar la realidad, sino un martillo para darle forma”.

A muchos de los que venimos transitando en el arte desde hace muchos años, hoy no nos preocupa la posible fama, las galerías ni el mercado. Queremos ser ese martillo del que nos habla Brecht para darle forma al pensamiento, para darle cuerpo. Nos hemos comprometido con el hacer por un objetivo. Investigando, informando. Nuestro martillo es la imagen. Nuestra motivación es la memoria.

Reconstruir la memoria es la tarea que nos ha quedado a los que hoy pudimos vivirla y contarla. Con el compromiso que estuvo a nuestro alcance. Con lo que pudimos entender, ya que algunos éramos aún chicos. La memoria se trenza entonces dándonos imágenes a veces incomprensibles, una especie de “caja negra” que guarda algo que no podemos reconocer por lo traumático pero que a la vez son el meollo de la cuestión, aquello que si no logramos comprender no nos dará sosiego en nuestras vidas.

Didi- Huberman dice que el investigador trabaja en dos tiempos muchas veces difíciles de conciliar: el de una obstinación continuada, que marca la “vía regia” de su trabajo, y el de la fascinación ante el hallazgo fortuito, el aparente desvío que ofrece la aparición de lo impensado.

Y Creo que entre estas dos instancias está el arte, comprometido con esta doble tarea donde no se puede mentir la historia pero tampoco quedar sujeto a lo que se ha dicho. Por años se guardó silencio. Por años, más tarde se buscó darle una forma que nos permitiera explicar, explicarnos cómo y porqué habría sucedido todo. ¿Fuimos un pueblo dócil? ¿Tuvimos miedo de reaccionar? ¿No tuvimos alternativas?...Tal vez los únicos que podrían respondernos a estas y muchas más preguntas son los que no están. Los que pusieron el cuerpo hasta las últimas consecuencias.

Para eso también está el arte. Para construir respuestas o para afirmar preguntas. En realidad uno avanza en la ignorancia más que en la certeza. Es la imagen que cuando “toma posición” nos puede dar un panorama tan explícito y a la vez abierto como es difícil lograrlo con las palabras. La capacidad de síntesis que tiene la imagen nos permite mostrar un torbellino de ideas de una sola vez.

Muchos han sido los artistas que se han comprometido en diferentes épocas trabajando para una causa social y política en nuestro país: Castagnino, Carlos Alonso, Berni, todos los integrantes de Tucumán Arde, el recientemente perdido León Ferrari, entre otros. Algunos pagaron caro las consecuencias...como Carlos Alonso que aun exiliado perdió a su hija Paloma, desaparecida hasta la fecha.

Y en toda Latinoamérica han brotado almas nobles de artistas comprometidos.

Esto nos quedó expuesto cuando se realizó la muestra, organizada por la Universidad Nacional de Tres de Febrero , Untref, en el Museo de los Inmigrantes. La muestra se llamó “Perder la forma humana”. Nada más acertado. Aunque se la circunscribió en la década del ochenta, sabemos que la mayoría de los casos venían de la lucha de los setenta, esa década a la que si tuviéramos que darle un nombre se llamaría “Utopía reprimida”.

En esa muestra se hicieron presentes muchos de los artistas latinoamericanos que explicaron su propia obra y el momento en que fue concebida; muchas veces en el exilio. Nos mostraron también que, cuando hay discriminación y miedo al otro, no ocurre sólo por

cuestiones de diferencias políticas sino más bien de ideología. Posición ideológica ante la vida... por eso ha sido tan común que en países como Chile el gobierno de Pinochet no soportara a los gays y arrojara sus cuerpos al mar. Sólo por eso, independientemente de que tuvieran o no una inclinación política o una toma de posición contraria al gobierno.

En nuestro país, si la policía los encontraba en la calle y los reconocía, también eran sus cuerpos víctimas de ultrajes inexplicables.

Por eso decimos que cuando hay discriminación lo hay en todos los sentidos. Desde la llegada de los europeos, en épocas de la conquista, nos hicieron ver que ser otro equivalía a ser enemigo. Y prendió tanto esa idea que hasta Sarmiento, uno de nuestros reconocidos próceres, a esos seres diferentes les llamó barbarie. No soportó, entre otras cosas, un cuerpo y color de piel mestizos. Como si toda Europa a quien se tomaba de ejemplo, no fuera el resultado de un gran mestizaje.

La memoria en los años 70 no nos ha dejado lugar para la disidencia o el error. Todo ha quedado sembrado del absurdo una vez más, de ser el otro.

Nuestros mismos vecinos rechazaron a ese otro que eran hijos, parientes, amigos y surgieron frases malditas como el “no te metás” y “algo habrán hecho”.

No obstante, los últimos treinta y un años transitados en democracia nos han enseñado que ningún obstáculo por grande que sea, nos impedirá que llevemos hacia adelante las ideas en las que profundamente creemos.

Ante el reencuentro con quienes nos resistíamos a creer perdidos, como el reciente nieto 114, Ignacio Guido Montoya Carlotto y todos los que ya se habían encontrado, podemos decir que la utopía se ha hecho realidad. Una realidad en presente continuo que seguirá luchando contra el exilio de vientres; contra la apropiación y trata de personas; contra los rechazos a los cuerpos por distinciones de género; contra los cuerpos mermados por la pobreza; contra la pérdida de los reductos originarios sin tierra y contra toda forma que pueda tomar la discriminación y la no inclusión de la diferencia.

Bibliografía:

Benjamin, Walter. *Estética y Política. Para una crítica de la violencia*. Editorial Las Cuarenta, 2009. Buenos Aires.

Foucault, Michael. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la Prisión*. Siglo XXI, 2008. Buenos Aires.

Didi-Huberman, Georges. *Cuando las imágenes toman posición. El ojo de la historia, I*. Madrid, Antonio Machado Libros, 2008

Didi-Huberman, Georges. *Ante el tiempo*. Adriana Hidalgo editora, 201, Buenos Aires.

Fuentes, Carlos. *Tres discursos para dos aldeas*. Fondo de Cultura Económica, 1993.

Fuentes, Carlos. *El espejo enterrado*. Fondo de Cultura Económica. México, 1992.

Representaciones:

Cadáveres. Un texto de Néstor Perlongher. En *El Ortiba*, 25/03/2012.

Proyección de Imágenes varias de diferentes artistas latinoamericanos.

Fragmento de la ópera *El matadero*. Libro Emilio García Wehbi. Música Marcelo Delgado. Buenos Aires, 2009.

